



En el nuevo camino de la arquitectura realista hay dos temas importantes: por un lado, el de la modestia y la autenticidad "antipolémica", "antidogmática" en el planteamiento arquitectónico, y, por otro, la posible integración a la arquitectura moderna de aquellos elementos aún válidos de la tradición que habían sido desplazados por el racionalismo solamente por motivos polémicos y dogmáticos. En la meditación de estos dos temas, la Alhambra de Granada nos presta unas extraordinarias posibilidades.

Granada, hoy

Arquitecto: Oriol Bohigas.

"GRANADA NUESTRA"

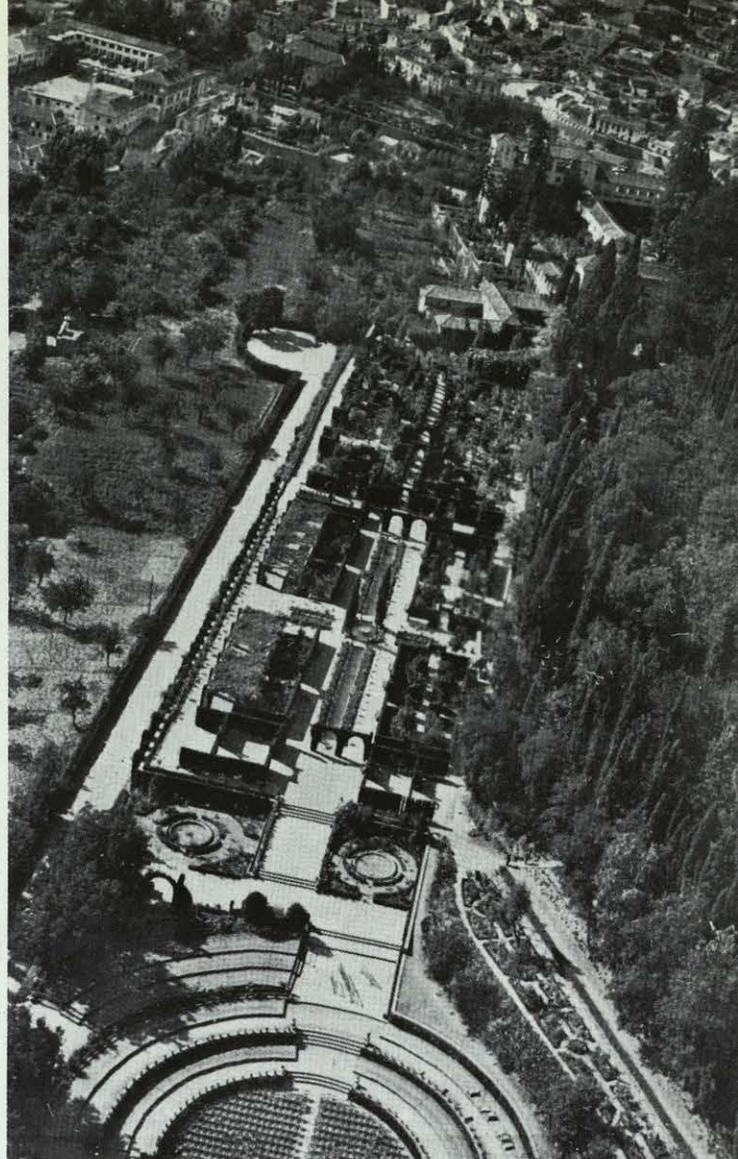
El pasado año se constituyó en Granada un grupo de 40 entusiastas por el progreso espiritual de su ciudad. "Granada Nuestra" lanzó al público un apasionado manifiesto en el que subrayaba, ante todo, el interés por la conservación y la evolución de la ciudad ("Parte esta Asociación de un grupo de amigos, a los que nos interesa Granada. Entendemos Granada en toda la amplitud que este concepto puede encerrar, pensando en su proyección universal; ciudad, paisaje, contenido espiritual, arte, historia, elemento vivo capaz de empresas."), una nueva posición colectiva de diálogo ante los problemas comunes ("Lo que queremos es poner nuestra aportación en un momento en que es urgente formar una "conciencia solvente" de Granada, como partida para cualquier empresa"), un intento de integración eficaz con los temas vitales de nuestra época ("Nunca debe interpretarse nuestra actitud como una renuncia o una falta de interés por el espíritu de nuestra época, del que nos sentimos partícipes y del que nos pensamos valer, incluso para encontrar soluciones a nuestros viejos problemas.") y el reconocimiento de una cierta apatía colectiva en la actual dirección espiritual de la ciudad ("Si esta actividad nuestra logra que se aglutine un núcleo con densidad y contenido capaz de despertar el espíritu adormecido de la ciudad, si logramos sembrar la inquietud, y de nuestra actuación surge alguna empresa, del orden que sea, que repercuta en el engrandecimiento de Granada, daremos por bien empleado nuestro esfuerzo.")

El primer problema sobre el que "Granada Nuestra" ha volcado sus esfuerzos ha sido, lógicamente, el del Plan de Ordenación, comprendiendo que cualquier actuación eficaz que intente la estructuración física o espiritual de una ciudad va estrechamente ligada a la materialidad hasta incluso "burocrática" de un plan de urbanismo. Hemos dicho algunas veces que un Plan Nacional, por ejemplo, tiene tanta trascendencia y está tan condicionado y a la vez condiciona tan profunda-

mente el desarrollo político de un país, que los programas de actuación de cualquier grupo dirigente o cualquier partido político podrían consistir exclusivamente en un avance de este Plan. En un orden geográfico menor, el Plan de Ordenación de una ciudad es también la única base sobre la que puede estructurarse su evolución, no sólo física, sino espiritual y política; no sólo en los aspectos de mayor urgencia social, sino en los más abstractos, en los de sensibilidad más difusa. Y ha de constituir también el programa de toda una actuación política sobre la ciudad. Por esto "Granada Nuestra" se ha visto obligada a enfocar inicialmente el problema de la revisión del Plan, porque sólo con ello puede formular la estructuración de todo su programa y, por tanto, la posibilidad de tener en el futuro criterios justos sobre "ciudad, paisaje, contenido espiritual, arte, historia, elemento vivo capaz de empresas".

La oportunidad de la revisión del Plan es consecuencia de haberse agotado los plazos legales establecidos para ello. Granada posee un Plan aprobado en 1949, anterior, por tanto, a la Ley del Suelo. En virtud de la legislación anterior, debía haberse revisado en 1959. La lentitud administrativa ha ido aplazando esta necesidad ante innumerables problemas de orden legal y económico y quizá ante un subconsciente temor a todo lo que fundamentalmente suene a "planificación".

Ante esto, "Granada Nuestra" convocó a un grupo de aproximadamente una docena de arquitectos para que dieran una primera impresión sobre los problemas básicos con que debe enfrentarse esta revisión y, en general, sobre el extraordinario cúmulo de temas que la ciudad actual sugiere. No hace falta decir que un planteo tan abierto y tan sincero puede tener muy buenas consecuencias y acredita ya inicialmente una inmejorable posición de "Granada Nuestra" y del Ayuntamiento que patrocinó las reuniones. Es, además, un ejemplo que tendrían que considerar muchas ciudades



No sólo hay que dirigir un desarrollo según un eje aproximado NS. para no dar mayor densidad urbana entre la Alhambra y la Vega, sino que hay que intentar que la unión entre la ciudad y el campo se mantenga insensible con amplias zonas de edificación baja y difusa. En este sentido el actual camino de Ronda es un error gravísimo ya muy difícil de subsanar.

Hasta los meros arreglos jardíneros del Generalife parecen demostrar que en el "duelo a muerte" entre la Alhambra y el Carlos V ha vuelto a triunfar la limitación mental del formalismo.

y muchos organismos tradicionalmente encerrados en sus torres de marfil, con la susceptibilidad característica de los ineptos.

LA ALHAMBRA, Y LA ARQUITECTURA REALISTA

Pero naturalmente al arquitecto que acude a Granada, sobre todo si esta es su primera visita, se le presentan mucho antes los encantos de la ciudad que los errores incorregibles y, no digamos, los previsibles peligros del futuro. Porque el arquitecto, ya desde el primer momento, en el barandal del Carmen de los Mártires, ante el panorama sorprendente de la Vega bajo la Sierra ("La Vega... se duerme en un sopor amarillento y plateado, mientras los cielos de las lejanías tienen hogueras de púrpura apasionada y ocre dulzón") queda sor-

prendido por una increíble perfección geográfica. Pero he aquí, se dice, una perfección geográfica que la arquitectura ha subrayado deliciosamente. Es difícil saber ahora si en esta bella contraposición de llanura y montaña, de verde y nieve, de campo y ciudad, cuentan esencialmente los elementos naturales, o si en ello está fundamentalmente la presidencia soberbia, exclusivista de la mole blanca y rosa de la Alhambra.

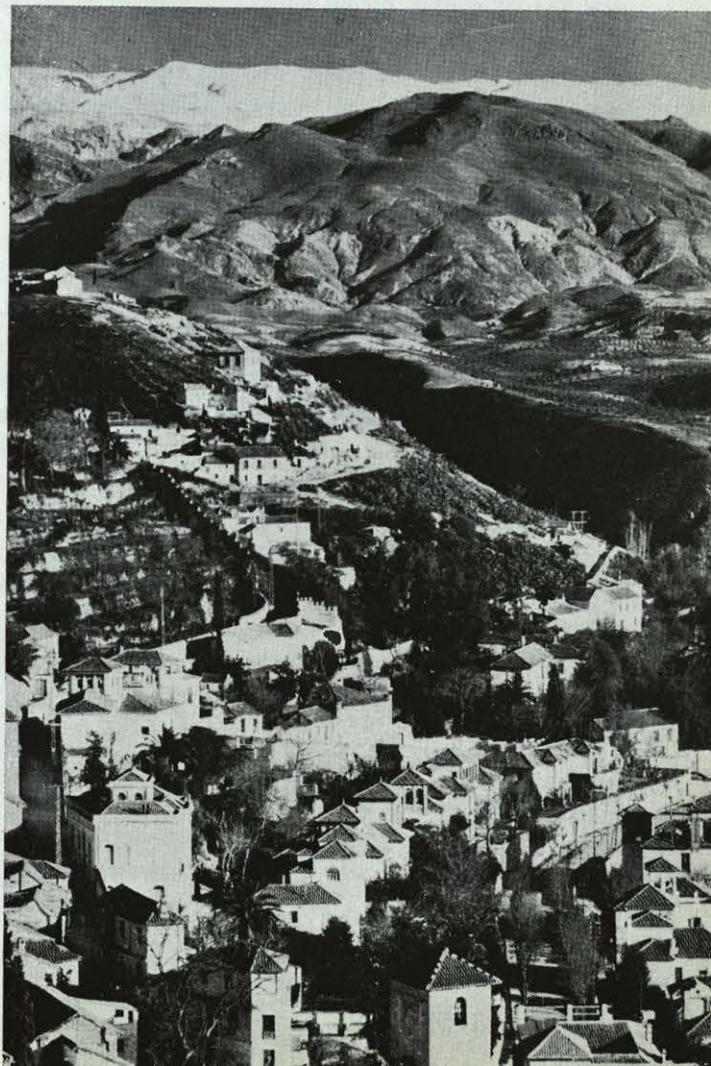
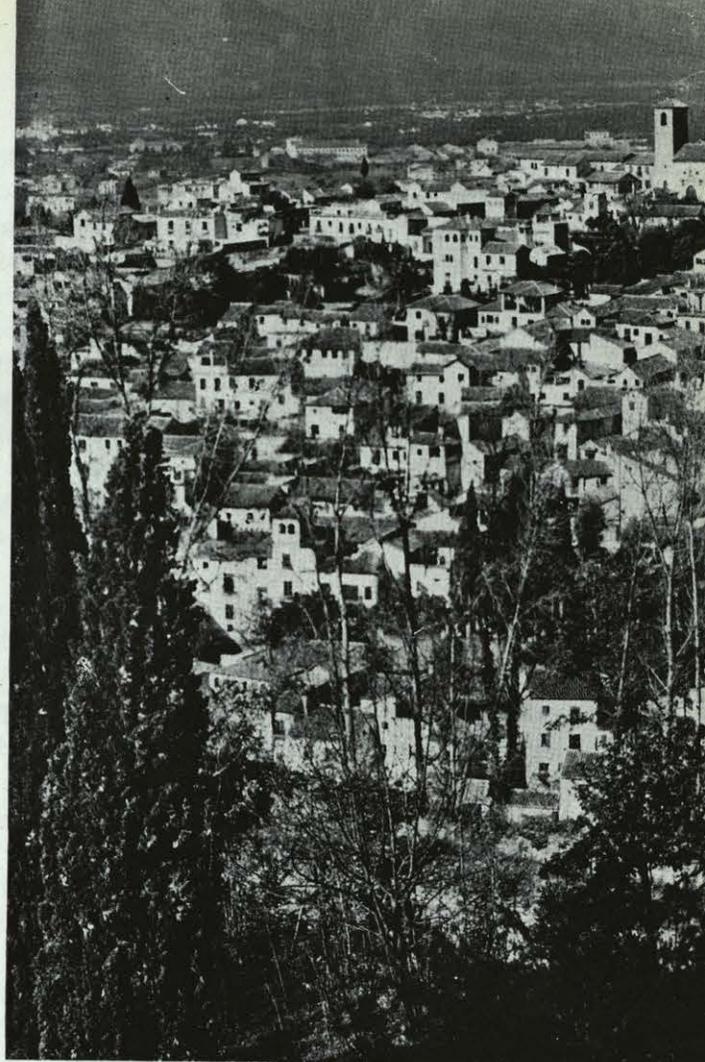
Porque la Alhambra es, realmente, una pieza excepcional. Se ha dicho mil veces que es, además, una lección todavía vigente de arquitectura viva. Pero, después de una primera gira conducidos por el apasionado arqueólogo Jesús Bermúdez, su realidad nos sorprende incluso por encima del tópico. Quizá nunca como ahora el ejemplo de la Alhambra puede sernos de tanta uti-

El Albaicín. "Están las casas colocadas como si un viento huracanado las hubiera arremolinado así. Se montan unas sobre otras con raros ritmos de líneas. Se apoyan entrechocando sus paredes con original y diabólica expresión..."

lidad cuando vemos alborear en arquitectura un nuevo realismo.

Es evidente que el racionalismo pionerístico de los años 20 y 30 se basaba en una eficaz mentalidad progresista, intentando diariamente la construcción de unos prototipos para una futura sociedad ya absolutamente industrializada. Esta sociedad, por lo menos en el aspecto de la arquitectura, al cabo de los años, no sólo no ha podido asimilar y "fabricar" aquellos prototipos, sino que con los avances—aunque escasos—de su industrialización, está desmintiendo incluso la posibilidad de seguir en ella los esquemas tecnológica y plásticamente puros que había prestigiado anticipadamente el racionalismo. Frente a este hecho, la evolución arquitectónica ha mantenido dos frentes: el de los "idealistas" que intentan persistir en la construcción de prototipos y en la plástica de la pureza tecnológica, imitando artesanalmente una imposible industrialización para una ideal sociedad inexistente y el de los "realistas" que, considerando ya asimilada la lección del racionalismo, intentan construir con las exactas posibilidades del momento, adaptándose incluso a las exigencias de una real industrialización, considerando que es inútil mantener una posición exclusivamente polémica más allá de la generación de genios que la presidió. Así, unos insisten en la repetición de unas formas prototípicas que, por carecer de sentido y de fuerza polémica, hacen caer al estilo en un formalismo. Otros vuelven a una realidad integral no sólo en el aspecto constructivo, sino en el social y el político, sin olvidar en esa compleja realidad la necesidad de empujar los lentos avances de la industrialización. Nos parece que durante estos últimos años el nuevo realismo ha hecho unos avances extraordinarios y que hoy prácticamente todo el aspecto vivo de la nueva arquitectura está trabajando en este camino. Y en este camino hay dos temas realmente importantes: por un lado, el de la modestia y la autenticidad "antipolémica", "antidogmática" en el planteamiento arquitectónico, en el uso de los materiales, en la valoración de una real funcionalidad, y, por otro, la posible integración a la arquitectura moderna de aquellos elementos aún válidos de la tradición que habían sido desplazados por el racionalismo solamente por razones polémicas y dogmáticas. En la meditación de estos dos temas, la Alhambra de Granada nos presta unas

Los Cármenes granadinos, y, al fondo, la Sierra Nevada. Puede que en esta extraña contraposición plástica resida una de las razones de la gracia extraordinaria de esa ciudad.



extraordinarias posibilidades y en esto está, seguramente, la importancia que hoy alcanza a nuestros ojos.

Es evidente que toda la Alhambra está presidida por un sentido realista y por una ausencia de formalismo, por una intención de adaptarse a las auténticas necesidades físicas y psicológicas de los hombres que tenían que habitarla, a pesar de un cierto planteo monumental y representativo que no podía soslayarse dada la especial significación del tema. Después de las realizaciones rigoristas, dogmáticas, rígidas que abarcan toda la historia del racionalismo, la Alhambra nos hace intuir una vuelta a la frescura directa y apasionada de la arquitectura.

El pabellón de Barcelona, de Mies, fué seguramente la obra más perfecta en la mentalidad purista de los años 20, pero llevaba no sólo un cargamento poético, sino todo un programa de anticipación que sólo un genio podía intuir y podía proclamar tan maravillosamente. Pero en las obras más recientes del mismo Mies, como el Seagram, estas cualidades de programa y manifiesto han tenido que desaparecer a la fuerza, por ser un programa y un manifiesto en cierta manera inútil, porque su texto ha sido conocido ya y asimilado por los arquitectos desde los azarosos años 20 hasta hoy. No es casualidad, por tanto, que en estas obras, al tiempo que desaparecía su justificación polémica, es decir, su autenticidad, desaparecía también toda su carga poética y acababa solamente en un simple problema de composición abstracta, en un programa formalista. Si esto ocurre con el propio Mies, uno de los tres o cuatro grandes superdotados de nuestro siglo, ¿qué ocurrirá con sus discípulos amanerados que han acabado poblando de prismas de hierro y cristal toda la Alemania reconstruída o la City londinense remodelada? Contra este formalismo, contra esta rigidez que no responde a ninguna realidad, ni siquiera a la realidad industrial, la Alhambra puede ser un buen centro de meditación.

Pero hay todavía en la Alhambra, como hemos dicho, motivo de otra meditación secundaria. No se trata sólo de aprender de una determinada posición del arquitecto frente al problema arquitectónico, sino de la posibilidad de integrar textualmente a la arquitectura actual algunos elementos relegados por el racionalismo a situaciones puramente arqueológicas. Desde el patio—ya prematuramente integrado—hasta la ornamentación—todavía en fase de injustificado descrédito—habría que analizar muchos elementos todavía válidos, que nos entroncarían eficazmente con una tradición interrumpida.

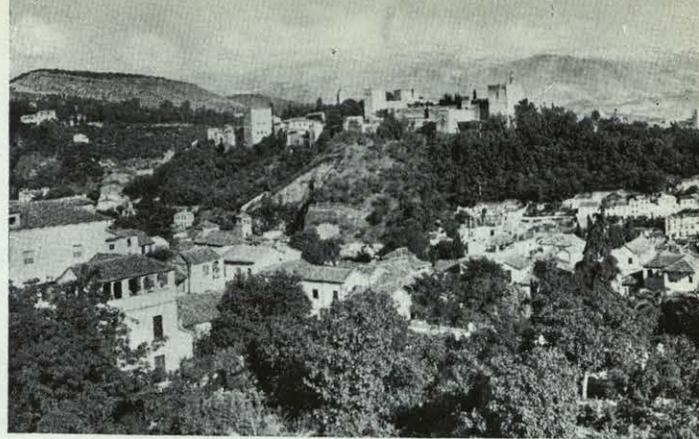
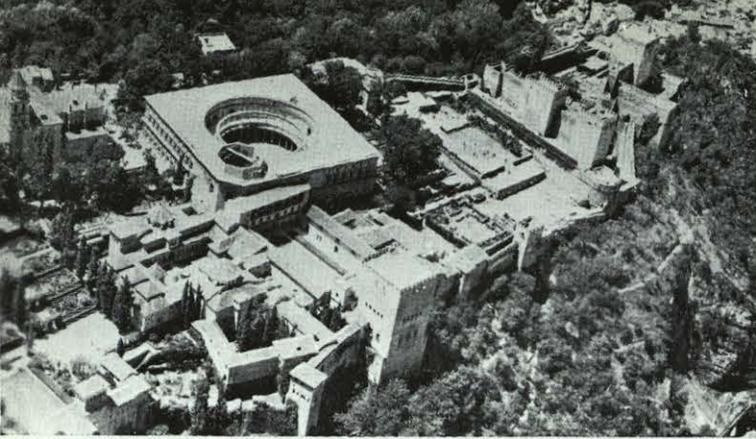
EL MANIFIESTO DE LA ALHAMBRA

En esta revisión del contenido arquitectónico de la Alhambra hay que tener en cuenta, naturalmente, el conocido manifiesto que firmaron 24 arquitectos el año

53, casi todos ellos pertenecientes a una "generación central", con un texto extraordinariamente sugestivo, aldabonazo certero en un ambiente bastante alicaído, pero que, por salir de esta mentalidad "central" entonces no debió convencer demasiado ni a los mayores ni a los más jóvenes.

He vuelto a releer estos días el *Manifiesto de la Alhambra* y pienso que el conjunto de observaciones tiene ahora más interés y más vigencia que cuando se publicó. Entonces recuerdo que me produjo una cierta indignación un hecho realmente sintomático: el olvido en el resumen de la evolución de la arquitectura moderna española del papel trascendental ejercido por el GATEPAC y la escasa importancia concedida al *Moder-nismo* catalán, los dos únicos movimientos vivos y culturalmente válidos que había tenido nuestra arquitectura. La omisión no podía ser un simple descuido, sino el resultado de una posición consciente que, luego, a lo largo de todo el *Manifiesto*, tenía que reafirmarse. "La última postura tradicionalista—se dice en el *Manifiesto*—no se puede ya sostener y sus postulados se resquebrajan. Los supuestos formales y estéticos sobre los que se fundó no representan ya nada para los jóvenes que hoy en día se forman y salen de las aulas y que están en trance de dar una peligrosa zambullida en el vacío. Nuestro *Manifiesto* nace de la inminencia de esta revolución que se avecina, y quiere anticiparse a ella en un intento de encauzarla desde arriba." Parece que de lo que se trataba era de evitar una zambullida de los jóvenes en la sana tradición racionalista que en todo el mundo había ya dado sus admirables frutos, pero que aquí intentábamos escamotear porque las circunstancias históricas de España habían clasificado a este movimiento como una intromisión de una mentalidad geográfica y políticamente peligrosa. En este sentido, pues, el *Manifiesto* podía ser culturalmente negativo. Lo que urgía en aquel momento, en cambio, era integrar a la juventud, no en las elucubraciones plásticas, en los retornos "humanistas", en las vibraciones paisajistas y hasta en las revitalizaciones de la tradición que la Alhambra podía sugerir, sino en aquellas preocupaciones seguramente esquemáticas y hasta demasiado dogmáticas del racionalismo de los pasados años, como una expiación necesaria ("la Cuaresma de las formas" antes de la Pascua de Resurrección, como había dicho Eugenio d'Ors), que nosotros no habíamos podido vivir plenamente, pero que el GATEPAC había ya formulado con una gran valentía y con una extraordinaria visión. La "revolución desde arriba" preconizada por el *Manifiesto* resultaba quizá un paternalismo muy del momento y era un intento para lograr *in extremis* el imposible enlace entre los responsables de los "escorialitos" de los años 40 y la avalancha nueva que se presentía.

En cambio, como hemos dicho, superando algunos



García Lorca dijo: "La Alhambra y el Palacio de Carlos V sostienen el duelo a muerte que late en la conciencia del granadino actual."

"Yo no comprendo—decía Ganivet—cómo la casa de pisos ha podido sentar sus reales en nuestra ciudad; cómo la portería ha matado el patio andaluz; cómo las salas bajas se han transformado en portales de comercio menudo, obligando a los ciudadanos a pasar los meses de calor en los pisos altos, en ropas menores. La culpa no es de los arquitectos, que en nuestra época, más que hombres de ciencia o arte, son acomodadores."

aspectos de la introducción, si el *Manifiesto* estuviera fechado más recientemente, nos parecería de mucha mayor trascendencia cultural. Asimilada más o menos eficazmente la lección del racionalismo con toda su polémica social, maquinista, funcional, urge ahora devolver la arquitectura a sus cauces de constante normalidad, a su modestia antipolémica, es decir, a un nuevo realismo, y para ello, el ejemplo de la Alhambra es oportunísimo.

Pero hay que insistir en que estas nuevas aportaciones sólo son válidas después de asimilar y superar toda la evolución del racionalismo. La historia es siempre irreversible y las experiencias se suman sucesivamente. Bruno Zevi decía en 1950 en unas declaraciones a *Cuadernos de Arquitectura*, a raíz de la polémica planteada por la arquitectura orgánica: "Aspirar a una superación del racionalismo... no significa desconocer su importancia histórica y menos todavía significa decretar su muerte... El racionalismo es el exponente de la época. Solamente los racionalistas pueden superar el racionalismo."

Insistimos tanto en este tema porque algunas veces nos tememos que el problema de Granada sea enfocado aún con cierto espíritu de *Manifiesto* de la Alhambra. Con una visión unilateral en que se discuta solamente de integración con el paisaje, de conservación del carácter, de protección monumental, de tipismo, incluso de amable modulación humana, pero en la que nos olvidemos otro planteamiento—sin duda también unilateral—, el que hubieran ofrecido los racionalistas: las necesidades básicas de industrialización, de higienización, el estudio de las bajísimas condiciones de vida de la inmensa mayoría de granadinos, a los que no podemos sacrificar eternamente para disfrute de intelectuales y poetas—o en frase de García Lorca—de "las grandes

caravanas de turistas alborotadores y amigos de cabarets y grandes hoteles, esos grupos frívolos que las gentes del Albaicín llaman "los tíos turistas".

EL CARLOS V Y LA GRAN VÍA

Fué también García Lorca quien dijo: "La Alhambra y el palacio de Carlos V... sostienen el duelo a muerte que late en la conciencia del granadino actual." En el fondo es un duelo todavía más trascendental: el del realismo y el formalismo, del que hemos glosado aquí ligeramente el aspecto arquitectónico, pero que tiene su versión todavía más apasionada en todos los aspectos de la cultura, en la poesía, en el cine, en la plástica y hasta en la política. Sin duda, no podía acusarse mejor esa contraposición que incrustando en la Alhambra el ejemplo insigne de formalismo que es el palacio de Carlos V. Porque sería un error pensar que el formalismo es un hecho exclusivo de la actual crisis arquitectónica y no un factor consustancial a todas las decadencias estilísticas. Lo que ocurre es que en los estilos históricos ese formalismo era más consciente y formaba parte de toda una mentalidad general.

Pero si "el Carlos V", como le llaman los granadinos, es un ejemplo de formalismo de altísima calidad, quizá una de las obras más importantes de España en esta línea, en contraposición con la maravilla de la Alhambra, hay en Granada otra contraposición del mismo signo, pero de una calidad bajísima: la horrenda mutilación urbanística que representó la Gran Vía en el corazón mismo de la ciudad.

La composición urbanística de Granada es una auténtica maravilla. Sería difícil aquí analizar detalladamente sus características, pero digamos que es, ante todo—excusando la frase tópica—, el ejemplo más completo de

ciudad realmente planteada a una justa escala humana. Ganivet decía "calles estrechas, quebradas; las casas de planta baja con parral a la puerta, el balcón y entre ellas blancos tapiales por los que rebosa la verdura". Pero no es sólo ese encantador gusto en el detalle. Hay en toda Granada una justísima proporción quizá centrada por ese elemento urbano admirable que es el Carmen. Un día, a finales de siglo, el furor de la reforma urbana hizo triunfar nuevamente en Granada el formalismo monumentalista y empezó a derribar casas y a abrir una flamante y desnaturalizada Gran Vía. Aquel mismo día ("la misma mañana que se aprobó el proyecto de abrir la Gran Vía, que tanto ha contribuído a deformar el carácter de los actuales granadinos...") murió don Alhambro, el fantástico personaje que inventó Lorca en el primer número de *Gallo* y que tantos aspectos resume de esta Granada fabulosa.

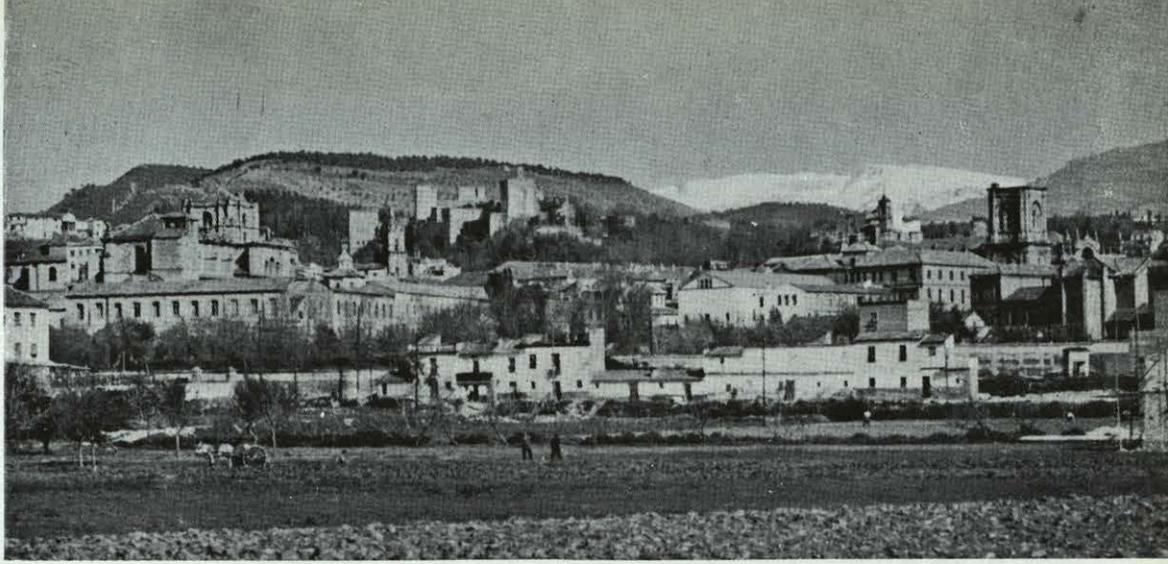
Esta crucifixión de la ciudad fué seguramente el primer atentado contra su gran unidad urbanística. Ya en una primera visita rápida, el arquitecto ve que la Gran Vía es un error lamentable del que, desgraciadamente, quizá no se dan demasiada cuenta la mayoría de granadinos, influídos por una cierta tendencia a la

imitación de las llamadas "grandes capitales". Ha sido, además, un fermento de disolución en la tradicional y admirable manera de vivir de los granadinos. A pesar de los años transcurridos, la casa de pisos no ha podido tomar allí auténtica carta de naturaleza. "Yo no comprendo—decía Ganivet—cómo la casa de pisos ha podido sentar sus reales en nuestra ciudad; cómo la portería ha matado el patio andaluz; cómo las salas bajas se han transformado en portales de comercio menudo, obligando a los ciudadanos a pasar los meses de calor en los pisos altos, en ropas menores. La culpa no es de los arquitectos, que en nuestra época, más que hombres de ciencia o arte, son acomodadores. El problema que se les obliga a resolver no es estético, ni siquiera higiénico; se les pide que construyan casas que cuesten poco y que den mucha renta, y para ello no hay otro recurso que encasillar muchas personas en muy poco terreno. Y lo peor no es lo que se ve, sino lo que se prevé que ha de ocurrir; porque, marchando contra la evidencia, nuestra sociedad ha condenado ya al desprecio la casa antigua, libre y autónoma, y ha decidido que lo elegante sea el piso a la moderna."



En Granada hay un ejemplo de formalismo en la carne viva de la ciudad: la horrenda mutilación urbanística que representó a fines de siglo la apertura de la Gran Vía con aires de monumentalidad provinciana. Pero hoy los errores continúan y, quizá, con resultados todavía peores.

Una de las aberturas al paisaje que todavía conserva la ciudad. ¿Es cierto que estos terrenos inicialmente destinados a parque se están vendiendo para edificar?



UN PLAN DE ORDENACION

Pero lo grave es que el error cometido en la Gran Vía no es un problema aislado. Menos patente, pero quizá más trascendental para la vida de la ciudad, fué la cobertura en el siglo pasado de todo el tramo ciudadano del Darro. "Yo conozco muchas ciudades—decía también Ganivet—atravesadas por ríos grandes y pequeños: desde el Sena, el Támesis o el Sprée, hasta el humilde y sediento Manzanares; pero no he visto ríos cubiertos como nuestro aurífero Darro, y afirmo que el que concibió la idea de abovedarlo la concibió de noche: en una noche funesta para nuestra ciudad. El miedo fué siempre mal consejero, y ese embovedado fué hijo del miedo a un peligro que no nos hemos quitado aún de encima. En todas partes se mira como un don precioso la fortuna de tener un río a mano; se le aprovecha para romper la monotonía de una ciudad: si dificulta el tráfico, se construyen puentes de trecho en trecho, cuyos pretilos son decorados gratuitamente por el comercio ambulante, en particular por las floristas; y si amenaza con sus inundaciones, se trabaja para regularizar su

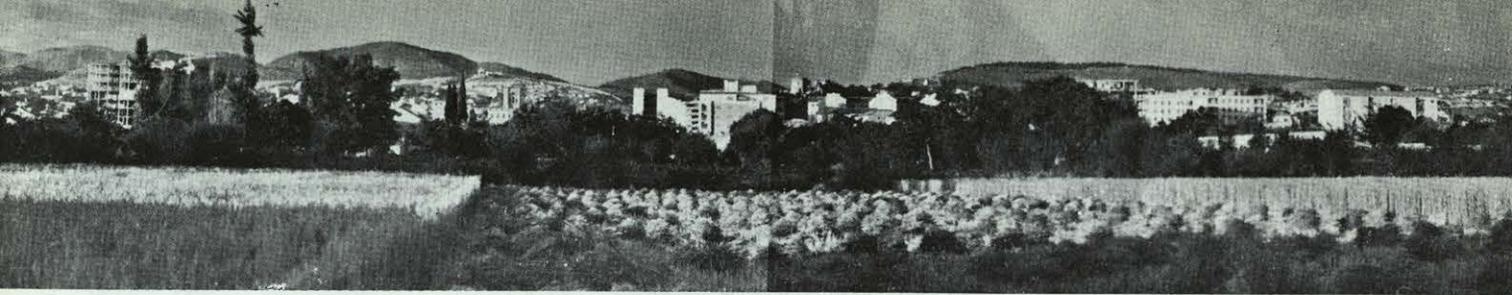
curso; pero la idea de tapar un río no se le ha ocurrido a nadie más que a nosotros, y se nos ha ocurrido—parecerá paradoja—por la manía de imitar, que nos consume desde hace una porción de años."

En otro orden quizá menos trascendental cualquier persona inteligente tendrá que indignarse ante la espantosa mole del hotel Alhambra Palace—mezcla de Torre del Oro, Puerta de Avila y Alhambra—en competencia ridícula con la auténtica Alhambra vecina, rompiendo indecorosamente un paisaje admirable. Indignarse también con cierta arquitectura falsa y provocadoramente moderna que está mutilando calles y sustituyendo la dulce amabilidad de los cármenes, y hasta con los nuevos arreglos jardineros del Generalife que parecen demostrar que en el "duelo a muerte" entre la Alhambra y el Carlos V ha vuelto a triunfar la limitación mental del formalismo.

Esta mentalidad asomó quizá también en el plan de ordenación vigente que ahora se intenta revisar. Antonio Perpiñá, en la sesión de clausura de las reuniones convocadas por "Granada Nuestra", en el ambiente

Una panorámica de Granada desde la Vega, hace unos años, cuando la extraña desorientación urbanística no había empezado a reformar uno de los paisajes más bellos de este país. Ahora, en cambio, una enorme muralla de edificios va delimitando la vía de Ronda e interrumpiendo la continuidad entre la ciudad y el campo.





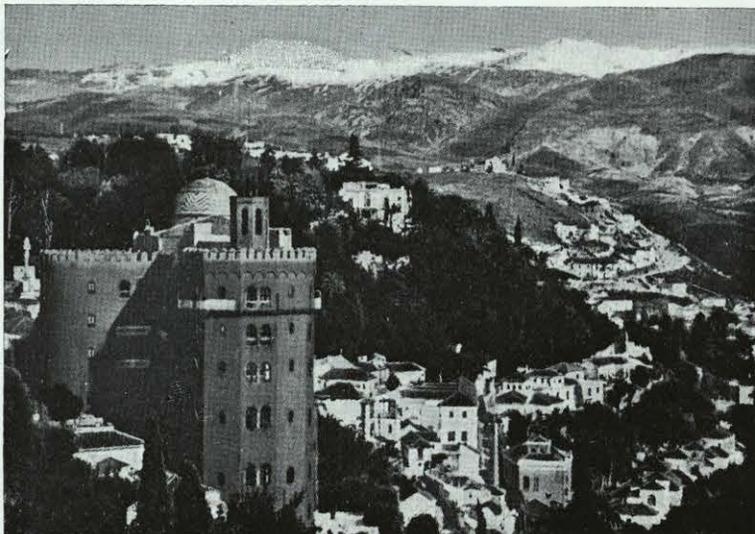
La auténtica Granada va desapareciendo lentamente detrás de una muralla inmobiliaria que asoma ya detrás de los últimos verdes de la Vega.

quizá también demasiado "formal" del Paraninfo de la Universidad, resumió muy bien los puntos fundamentales de esa revisión. Ante todo, hay un problema de dirección en el desarrollo urbano que conviene encauzar debidamente. Si uno de los mayores aciertos paisajísticos de Granada que hay que mantener como sea, está precisamente en este traspaso insensible entre la ciudad y la Vega, el actual Camino de Ronda, con la posibilidad de una edificación densa, es un error gravísimo porque va a establecer una extraña barrera como una bárbara solución de continuidad y porque, a la larga, con esa densidad, va a provocar una indebida expansión del centro urbano hacia la zona de la Vega que exige mayor protección. Contrariamente no sólo hay que dirigir un desarrollo según un eje aproximado Norte-Sur para no dar mayor densidad urbana entre la Alhambra y la Vega, sino que hay que intentar que la unión entre la ciudad y el campo se mantenga insensible, con amplias zonas de edificación baja y difusa, con la penetración de varios tentáculos verdes. En este sentido el polígono que han proyectado José Luis y Carlos Picardo, Martínez Caro y López Muller en la zona de La Cartuja será seguramente un acierto, porque establece un alargamiento de la ciudad hacia el Norte, como cerrándose en abanico alrededor de la Alhambra.

Perpiñá subrayó muy bien que muchas veces los planes tienen sus defectos básicos no precisamente en sus

trazados, sino en las ordenanzas que los complementan, cuando en realidad les prestamos muchas veces muy poca atención, obsesionados por la materialidad de un trazado viario. A la larga la fisonomía definitiva de una ciudad viene concretada esencialmente por los volúmenes edificables y por el carácter de esas edificaciones. Seguramente el mismo plan que ahora se intenta revisar, si hubiera tenido unas ordenanzas más de acuerdo con la edificación baja y fragmentada de la Granada antigua, tendría aún una validez bastante indiscutible.

Pero hay todavía un problema más grave que se está acusando en toda nuestra política y que quizá no tenga solución mientras no se modifiquen esencialmente las estructuras económicas y sociales o, por lo menos, no se alteren profundamente los conceptos legales sobre los que se asientan los derechos de la propiedad. La experiencia nos está demostrando que los planes de ordenación son prácticamente irreversibles. Mientras los arquitectos manteníamos en Granada la necesidad urgente de reducir en casi todas las zonas del plan los coeficientes de edificabilidad, los juristas y los administrativos nos sacaban a relucir unas graves contradicciones entre la Ley del Suelo, la de Régimen Local y el Código Civil. Sin poder entrar en detalles de este orden, que escapan en mucho a nuestra competencia, hay que reconocer que en España la limitación de los derechos



Cualquier persona inteligente tendrá que indignarse ante la espantosa mole del hotel Alhambra Palace, mezcla de Torre del Oro, Puerta de Avila y Alhambra, en competencia ridícula con la auténtica Alhambra vecina, rompiendo indecorosamente un paisaje admirable.

de la propiedad, cuando éstos han sido adquiridos por proyectos urbanísticos aprobados y puestos en marcha, ha sido hasta hoy casi siempre un fracaso. En Barcelona hemos vivido muy de cerca los problemas del plan Diagonal y no dudamos que sus fracasos se deben a la existencia anterior de un plan con posibilidades de edificación desorbitada o, por lo menos, muy superiores a las que hoy consideramos medianamente prudentes. Los técnicos han insistido valientemente en las necesidades de limitación, pero, a la larga, los planes se mueven por consideraciones más amplias que las puramente técnicas. Como siempre, no hay que olvidar que el urbanismo es una actividad, ante todo, política y económica.

En los regímenes basados en el respeto casi absoluto a la propiedad territorial, sólo puede hacerse urbanismo cuando el país es suficientemente rico para pagar justamente cuantas expropiaciones sean necesarias. En los países pobres, en cambio, el dilema es terrible: o renunciar prácticamente a un urbanismo valiente y reducirnos a los remiendos locales y de corto alcance, o revisar a fondo los conceptos de propiedad y llevar al servicio de la comunidad lo que se utiliza exclusivamente como especulación particular. En este sentido, los propietarios de Granada han dado también un ejemplo desmoralizador. En una ciudad con escasa progresión demográfica, con una renta *per capita* bajísima y con una relativa abundancia de terrenos, se ha montado una escandalosa carrera de especulación que ha hecho subir los precios de los solares a unas cifras igualadas en muy pocas ciudades españolas.

El alcalde de Granada don Manuel Solá exponía, además, sus preocupaciones de orden económico y administrativo, centradas en el art. 56 de la Ley del Suelo y en la Ley de Régimen Local. El Plan vigente, como hemos dicho, fué redactado y aprobado con anterioridad a la actual legislación y, por tanto, no responde plenamente a los conceptos que hoy manejamos. Concretamente, en lugar de ser un simple Plan General, es casi como una suma de planes parciales bastante concretados y sin un plan de etapas combinados con las auténticas posibilidades económicas del Ayuntamiento. Como consecuencia de ello, la mayor parte de zona urbanizable ha caído dentro de las prescripciones del famoso art. 56, según las cuales, si no se hubiere procedido a la expropiación o imposición de servidumbre a los terrenos afectados en el plazo de diez años, los propietarios podrán requerir a la Administración para que lo efectúe en el de los tres meses siguientes y, si no la llevare a cabo, recobrarán el libre ejercicio de sus facultades dominicales. Con lo cual resulta que el futuro urbanístico de Granada se encuentra ahora más comprometido y más imposibilitado de desarrollarse normalmente que en el caso de que no hubiera existido

ningún plan aprobado. Ante esta situación paradójica el alcalde reclamaba la necesidad de arbitrar una ley general de protección a las ciudades monumentales o de interés pictórico y paisajístico, para superar en estos casos las limitaciones impuestas por la Ley. Los arquitectos, en cambio, se consideraban partidarios de encontrar la posibilidad—a su criterio muy viable—de anular el plan antiguo y redactar el nuevo de acuerdo con la nueva legislación, descalificando y congelando aquellas zonas que no pudieran entrar en una inmediata etapa de realización. La verdad es que las dos posiciones subrayan un problema real: el de que la situación de la propiedad territorial, tal como hoy la entendemos y tal como está refrendada por las leyes, es un obstáculo casi insalvable para el progreso del urbanismo. Insistimos en que todo el progreso de nuestra planificación territorial está condicionado al enfoque que se dé a este problema.

CINCO PROBLEMAS CONCRETOS

Aparte de esos problemas de orden general, quisiéramos señalar, a vuela pluma, cinco elementos concretos que hoy preocupan para el futuro urbanístico de Granada y que Perpiñá dejó muy bien sentados en su referida intervención. Estos elementos discordantes parecen ser: la posibilidad de edificación alta en toda la ciudad, francamente contrapuesta a todo su carácter, que hay que defender a toda costa; la densificación alrededor del camino de Ronda, con lo que se está formando una monstruosa barrera entre la ciudad y la Vega; la indebida prolongación de la ciudad hacia el Oeste, es decir, hacia la Vega, frente a la Alhambra, también subrayada por la densificación del camino de Ronda; la insistencia en continuar las reformas interiores, tan desgraciadamente iniciadas con la cubrición del Darro y la apertura de la Gran Vía; la aparición inexplicable de los nuevos barrios obreros en los límites de la Vega, con un concepto urbanístico y social en fundamental desacuerdo con todos los elementos aún válidos de la tradición granadina.

De estos cinco elementos, vale la pena de insistir todavía sobre el último, porque hay un ejemplo alarmante que produjo una indignación general: el Zaidín. El Zaidín es un nuevo barrio situado ya en lo que habían sido los límites de la Vega según ese urbanismo falsamente moderno con bloques de varias plantas, alineados en medio de un desierto de polvo y suciedad que los urbanistas llaman—nadie sabe por qué—“zona verde”. Nunca como en este caso hemos comprobado mejor que ese inútil ideal del “urbanismo abierto” está falto del más mínimo realismo, está desarraigado en un país donde la tradición de la calle, del patio, del muro, de las macetas de geranios es todavía una cosa viva y absolutamente operante. Alguien dijo que los



He aquí una perfección geográfica que la arquitectura ha subrayado deliciosamente. Es difícil saber ahora si en esta bella contraposición de llanura y montaña, de verde y nieve, de campo y ciudad, cuentan esencialmente los elementos naturales, o si en ello está fundamentalmente la presencia soberbia, exclusivista de la mole blanca y rosa de la Alhambra.

granadinos tenían que sentirse mucho menos felices en aquellas viviendas con agua corriente, con duchas y con lavabos, que en las arcaicas casas del Albaicín, sin ninguna higiene, sin ningún adelanto de la pretenciosa tecnología moderna, pero con sentido de dignidad admirable, con unas posibilidades de "personalidad" extraordinariamente vivas. Si normalmente nos alarman los problemas de masificación y despersonalización que acarrió la revolución industrial, ¿cómo no van a indignarnos cuando los encontramos inútilmente acumulados en una región que todavía no ha iniciado esa revolución industrial y no puede ofrecer, por tanto, ninguna ventaja compensadora? Hemos dicho que no ha iniciado la revolución industrial, pero ¿es que ha iniciado siquiera la revolución burguesa?

EL ALBAICIN Y EL SACROMONTE

Ha salido ya ese nombre mágico del Albaicín. Nos atreveríamos a decir que quizá ningún barrio en el mundo puede motivar tanto entusiasmo, a la vez, entre los poetas y los arquitectos. Tanto, que los arquitectos tenemos que dejar aquí el paso a la voz del gran poeta granadino: "Están las casas colocadas como si un viento huracanado las hubiera arremolinado así. Se montan unas sobre otras con raros ritmos de líneas. Se apoyan entrechocando sus paredes con original y diabólica expresión... Y las gentes en estos ambientes tan sentidos y miedosos inventan las leyendas de muertos y de fantasmas invernales, y de duendes y de marimantas que salen de las medias noches, cuando no hay luna, vagando por las callejas que ven las comadres y las prostitutas errantes y que luego lo comentan asustadas y llenas de superstición... Hay otros rincones por estas antigüedades en que parece revivir un espíritu romántico netamente granadino... Es el Albaicín hondamente lírico... Calles silenciosas con hierbas, con casas de hermosas portadas, con minaretes blancos en los

que brillan las verdes y grises mamas del adorno característico, con jardines admirables de color y de sonido. Calles en que viven gentes antiguas de espíritu que tienen salas con grandes sillones, cuadros borrosos y urnas ingenuas con Niños Jesús entre coronas, guirnaldas y arcos de flores de colorines... Calles de serenata y de procesión con las candorosas vírgenes monjiles... Calles que sienten las melodías plateadas del Darro y las romanzas de hojas que cantan los bosques lejanos de la Alhambra... Albaicín hermosamente romántico y distinguido. Albaicín del compás de Santa Isabel y de las entradas de los cármenes. El Albaicín de las fuentes, de las glorietas, de los cipreses, de las rejas engalanadas, de la luna llena, del romance musical antiguo, el Albaicín de la cornucopia, del órgano monjil, de los patios árabes, del piano de mesa, de los amplios salones húmedos con olor de alhucema, del mantón de cachemira, del clavel..."

Como lección urbanística, el Albaicín es un ejemplo admirable de lo que en estas mismas páginas intentábamos adivinar en la escenografía del Pueblo Español de Montjuich, con todos los valores que urge resucitar, con todas las superaciones del frío idealismo formalista que tan tardíamente nos ha invadido. Pero también aquí —y más justificadamente— se nos presenta la terrible duda, el dramático dilema en que se debate el urbanismo. Esos innegables encantos del Albaicín ¿son un elemento positivo o, por el contrario, son puramente una simple consecuencia de un estado general de miseria, de abandono colectivo, de unos ingresos per capita escandalosamente bajísimos? Cuando el grupo de invitados por "Granada Nuestra" salíamos, con un entusiasmo romántico, de las cuevas del Sacromonte, en las que incluso la comercialización nos parecía respaldar una autenticidad sublime, enervante, cuando, resonando aún los palillos de la Tere o la vibrante zambra de la Pili subíamos por la Cuesta de los Chinos bajo el

Mientras los "sensibles" visitantes del Albaicín y del Sacromonte vuelven a su confortabilidad civilizada, a esa inhumana pero cómoda civilización del agua corriente y los bidets, el sufrido hombre del país vuelve a sus chozas a su "urbanismo humano" no por las altas consideraciones que pudiéramos suponer, sino por una razón matemática: por su extrema situación económica y social, por una renta per capita escandalosamente baja.



Los gitanos del Sacromonte, atracción permanente para el turista en Granada.



Una cueva del Sacromonte, donde la comercialización lo ha invadido todo. Pero incluso aquí esa comercialización parece respaldar una autenticidad sublime, enervante, cuando resuenan aún los palillos de la Tere o la vibrante zambra de la Pili.



canto de los ruiseñores de la Alhambra, pensábamos si el Albaicín y lo que queda de auténtico en el Sacromonte no era un espectáculo, un mundo imposible y pintoresco para disfrute exclusivo de turistas ociosos o, en el mejor de los casos, de un grupo de intelectuales sensibles—quizá de inconsistentes snobs—que, después de la apasionante experiencia, volvían a su confortabilidad civilizada, a esa inhumana pero cómoda civilización del agua corriente y de los bidets. Y, mientras tanto, el hombre del Albaicín, los gitanos del Sacromonte, que tanto nos habían “espiritualmente elevado”, volvían a sus chozas, a su “urbanismo humano”, no por las altas consideraciones que pudiéramos suponer, sino por una razón matemáticamente concreta: por su extremada situación social y económica.

Porque, es evidente, un barrio como el Albaicín y el Sacromonte—dejando aparte el sector recientemente comercializado—sólo puede mantenerse a expensas de unos ingresos *per capita* escandalosos y en un reparto de estos ingresos escandalosamente injusto. Tomamos de los estudios del Banco de Bilbao el cuadro de ingresos anuales *per capita* en 1957 de las provincias españolas (reproducimos solamente las cinco primeras y las cinco últimas):

	Pesetas
1. Vizcaya	30.230
2. Guipúzcoa	30.229
3. Madrid	24.858
4. Barcelona	22.453
5. Alava	21.204
46. Cáceres	8.670
47. Jaén	8.452
48. Almería	8.193
49. Granada	8.037
50. Orense	7.893
Ingreso medio de España	15.131

(Como referencia, digamos que los ingresos medios en Italia fueron 26.900 pesetas; en Alemania, 49.900; en Gran Bretaña, 60.100; en Bélgica, 64.400; en Canadá, 118.200, y en Estados Unidos, 126.500.) Granada es, por tanto, en este aspecto, la penúltima provincia, con ingresos casi la mitad de los promedios de España. Pero si conociésemos con detalle el reparto de esta renta en la misma provincia, comprobaríamos seguramente que los habitantes del Albaicín están en una situación de extremada gravedad, ante la cual no caben entusiasmos de ningún género.

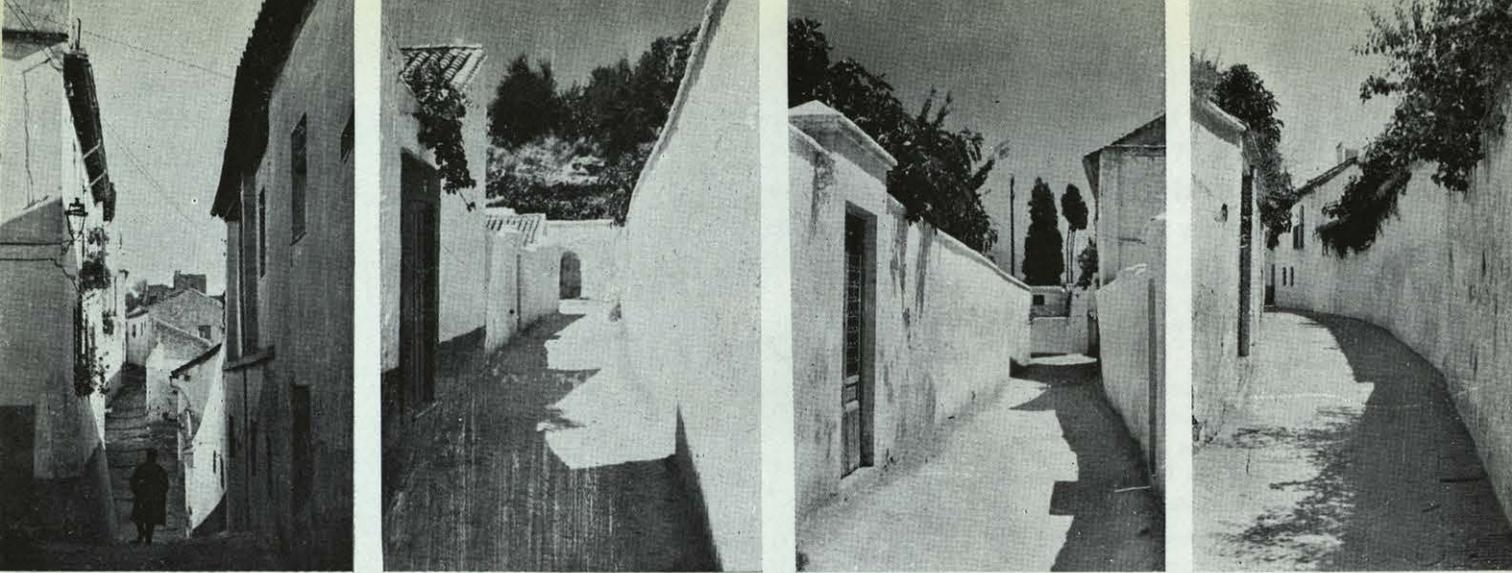
Durante los días de las reuniones de Granada, un periódico local publicó un chiste que, con la insistente, antigua resignación andaluza, subrayaba un hecho dramático. Decía más o menos: “En la provincia de Granada el 3 por 100 de la población es propietaria del 70 por 100 de las tierras cultivables. A los demás no nos queda otro recurso que regar las macetas de nuestros balcones.” Aparte de la discutible exactitud de la afir-

mación, lo cierto es que los grandes problemas que hay que enfocar previamente a la planificación de Granada, son de orden económico y social. No sólo el tema de la Reforma Agraria, sino el de la necesaria industrialización. Decíamos más arriba que temíamos que el futuro de Granada fuera a veces enfocado aún con un “espíritu de manifiesto de la Alhambra”, olvidando las afirmaciones quizá también demasiado dogmáticas de los racionalistas. Y hay que insistir que no podemos esconder tras un pretendido pintoresquismo y hasta un abstracto humanismo una situación de miseria colectiva. Ni afirmar, como hicimos algunos arquitectos, en la pesada digestión del banquete de clausura, humeantes aún los espléndidos habanos, que la miseria del Albaicín era un elemento positivo en el reencuentro del hombre, en el camino por una ideal concepción de la vida y de la ciudad.

¿Qué hay que hacer con el Albaicín y con el Sacromonte si realmente Granada llegara a salir de su actual situación de subdesarrollo? He aquí un problema grave para el planificador. Naturalmente, las grandes cualidades urbanísticas y plásticas del barrio deben mantenerse a ultranza, pero tampoco lo imaginamos como un conjunto muerto y arqueológico. El problema está en una eficiente higienización y vitalización. Pero ¿cómo va a ser esto posible? Hace falta una situación colectiva muy especial y, sobre todo, una persona o un equipo extraordinario que comprenda el problema y que sepa enfocarlo. Lo imperdonable es tener al barrio sacrificado entre dos fuegos: por un lado una anticuada “Comisión de Monumentos” que actúa—aunque escasamente—en un sentido arqueológico o en el más insustancial folklore. Por otro, la amenaza de edificar en el borde mismo del barrio unos bloques altos a la moda que, según parece, van a ser en seguida iniciados con una contraproducente mentalidad demagógica. Son soluciones que no conducen a nada y solamente a hundir lo poco que nos queda de autenticidad.

LAS BASES ECONOMICAS DE UNA NUEVA GRANADA

Porque, sin duda, es urgente un plan de desarrollo para Granada. En concreto, es necesario un gran plan de industrialización para que los granadinos salgan de su situación. Hablar de instalar industrias en la ciudad de la Alhambra, del Albaicín, de la Universidad, de la Zambra, en la ciudad de Ganivet, que llegó a protestar contra la instalación de agua corriente (“no porque el agua venga por tuberías cerradas se ha de beber más: el consumo será siempre el mismo, a menos de que no nos declaremos en estado de hidropesía permanente; el inmenso personal que vive y pudiera vivir del oficio [los aguadores] se transformará en media docena de empleados “con gorra”; la población perderá uno de sus detalles más pintorescos y el progreso no aparecerá



¿Qué hay que hacer con el Albaicín y con el Sacromonte si realmente Granada llegara a salir de su actual situación de subdesarrollo? He aquí un problema grave para el planificador. Naturalmente las grandes cualidades urbanísticas y plásticas del barrio deben mantenerse a ultranza, pero tampoco lo imaginamos como un conjunto muerto y arqueológico.

por ninguna parte") es promover la más enconada indignación en todas partes. Y, no obstante, la única posibilidad es la industrialización.

Pero la confusión está en considerar a la ciudad desgajada de toda su región agrícola. Sin duda no es ésta una ciudad que admita salpicarla de complejos industriales porque sería una grave mutilación inoperante, ni siquiera de acuerdo con un válido planteo económico. La nueva industria de Granada, la industria sin la cual es inútil enfocar seriamente un Plan de Ordenación, porque no habrá habitantes para llenarlo, debe integrarse seguramente con la riqueza agraria de la Vega. Hace tiempo que se inició allí el establecimiento de industrias subsidiarias de los cultivos. Este es el camino indudable. Es decir, no puede hablarse del futuro de la ciudad si no se enfocan sus bases económicas; y no se puede hablar de estas bases si no se cuenta con la industrialización de la Vega. Por tanto, la medida urgente, más que el plan de Granada, es la planificación de toda la comarca. He aquí un caso clarísimo en que cualquier previsión ha de ir integrada a un plan comarcal, que, por otra parte, corresponde a una área geográfica muy característica y muy bien definida.

Sería necesario que con toda urgencia se enfocaran estudios de demografía, de economía y de geografía humana en toda la comarca para suministrar los datos indispensables. En este camino, hay muchos temas destrozados en la magnífica tesis doctoral de Joaquín Bosque Maurel sobre "Geografía urbana de Granada", en curso de publicación, y que podría constituir la base informativa de ese plan que estamos reclamando.

Con esta integración económica de toda la comarca,

la ciudad de Granada tendría seguramente elementos eficaces—y seguramente apoyos económicos—para defender el carácter, el paisaje y los elementos monumentales. Así—como dijo alguien en las reuniones que comentamos—, Granada podría ser, respecto a la comarca, lo que la Alhambra fué respecto a la ciudad: "Granada como una nueva Alhambra de la Vega" sería un buen slogan del nuevo plan.

Quizá entonces hallaríamos respuesta a las dramáticas interrogaciones de Lorca: "¿Qué hacer, Dios mío, para sacudir a Granada del sopor mágico en que vive? Granada debe tener movimiento, debe ser como una campana en manos del charlatán; es necesario que vibre y se reconstruya, pero ¿cómo? ¿De qué manera?" Quizá entonces volverá a reencarnarse ese don Alhambro que "amaba con ternura deshecha de coleccionista todos los permanentes filtros mágicos de Granada, pero odiaba lo típico, lo pintoresco y todo lo que trascendía a marcha castiza o costumbrismo", ese don Alhambro que "se pasaba las horas muertas ante un plano de la ciudad, soñando verla surgir con acento propio en el mapamundi". Pero, esta vez, no deben vencernos ni la apatía ni el aristocratismo. Tampoco ese "nuevo-riquismo" espiritual del que, con tanta justificada alarma, nos habló en el Paraninfo Pérez Mínguez. Esta vez, el gallo de don Alhambro—el que había de ser también la veleta cantarina de Lorca y sus compañeros en el feliz ímpetu del 28—tiene que cantar consciente de una responsabilidad definitiva, trascendental. "Canta seguro bajo tu sombrero de llamas, porque una de tus gallinas puede ser muy bien la gallina de los huevos de oro."